

CAPÍTULO 1.

LA RED DEL 13-M. A MODO DE PREFACIO

Non lle poñades tachas á obra namentras non se remata. O que pense que vai mal que traballe nela. Hai sitio para todos ¹ (Alfonso D. R. Castelao)

Víctor Fco. Sampedro Blanco

Que se dejen de conspiraciones. El 13-M fue culpa de todos los que alentamos, convocamos y secundamos la desobediencia civil en la jornada de reflexión electoral. Que nadie se llame a engaños. No queremos arrogarnos protagonismos. Quienes escribimos este libro hicimos lo que otros muchos ciudadanos. Durante los últimos cuatro años, toda una legislatura, nos movilizamos contra decretazos, reformas “educativas” y mentiras tan espesas como el fuel del Prestige o la sangre derramada por controlar el petróleo de Irak. Nuestros ordenadores y teléfonos móviles se habían enredado, estaban en red, *on line*. Así pudimos formar, casi sin saberlo, redes de confianza en las que debatíamos al margen y muchas veces en contra de los partidos y los medios convencionales. En las últimas manifestaciones contra la guerra ya nos autoconvocábamos, sin esperar a que lo hiciesen otros en nuestro nombre, sin solicitar permisos ni pactar recorridos de protesta. Y el 13 de marzo, creyendo que estaríamos solos, volvimos a descubrir que éramos multitud. Esa multitud nos sobrepasó a todos, en número, en potencia, en desobediencia.

No fuimos vanguardia revolucionaria ni ariete electoral de nadie. Quien quiera atribuirse esas medallas, quien nos las arroje como crítica, no se entera, no quiere enterarse y no quiere que ustedes se enteren de lo que ocurrió. La multitud del 13-M estaba *on line*, conectada en red y, por tanto, no se formó respondiendo a una estrategia partidaria o al dictado de ningún aparato; sino de forma orgánica, fruto de un ciclo de movilización social. Nuestra es la culpa, compartida y socializada, de haber ayudado a tejer esa red con muchos de ustedes que nos leen ahora. Lo más que hicimos fue lanzar

¹ No le pongáis pegas a la obra mientras no finaliza. El que piense que va mal que trabaje en ella. Hay sitio para todos.

un mensaje de desobediencia que fue recogido por otros muchos ciudadanos. Pero cualquier otro pudiera haberlo hecho. Eran multitud los españoles que llevaban meses y hasta años, escribiendo y reenviando mensajes electrónicos y SMS que denunciaban la falsedad de los telediarios. Se convocaban a golpe de móvil y listas de correos, mil y una veces ante la prepotencia e indolencia de quienes nos gobernaban. Consolidaron medios alternativos, haciéndolos cada vez más suyos. Y todo ese debate lo arrastraban a la oficina, a la fábrica, al aula, a casa, al bar... y a la calle; un fin de semana sí y otro también.

Cuando nos mintieron sobre quien había matado a doscientos de los nuestros, cuando invocaron su nombre el día 12 para defender sus guerras (antiterroristas, constitucionales... electorales), estábamos preparados, sin saberlo, para hacerles frente. Los periodistas y columnistas españoles actuaban según una suerte de obediencia debida, más propia de cuerpos uniformados. Acataron la versión del Gobierno del PP aplicando la “beligerancia informativa” que desde hacía tiempo cercenaba su independencia en temas terroristas. Renunciaron de nuevo a intentar la objetividad, la única sumisión obligada de todo periodista, a la fuerza de los hechos. Al contrario, antes de nada, tomaron partido, eligieron trincheras e hicieron fuego; como si no hubiésemos tenido ya bastante. Por eso, la condena a ETA se antepuso a los datos que cuestionaban su autoría de la masacre. De nuevo, identificaron como miserable, como cómplice del terrorismo, a cualquier disidente. Y acabaron polarizando aún más una campaña plagada de argumentos guerracivilistas. La oposición política se hallaba en una situación tan débil que fue incapaz de denunciar lo que hizo público nueve meses más tarde, cuando ya ocupaba el poder: que quienes nos gobernaban intentaron practicar un “engaño masivo”.

Este libro trata de cómo entre el 11 y el 14 de marzo de 2004 la esfera pública quedó bloqueada por mentiras prudentes y de cómo fue una parte de la ciudadanía la que denunció esa situación de casi parálisis democrática. Sólo decían la verdad sobre la autoría del atentado quienes justifican el asesinato y la coacción de civiles con falsedades y martirologios: ETA y Al Qaeda. La democracia se quedó sin portavoces fiables, porque durante dos días (el 11 y el 12) ningún medio de referencia ni ninguna fuerza política denunciaron la mentira oficial sin ambages; es decir, con datos incontestables y sin antagonismos partidarios. Ni contamos, excepto en algunos medios

alternativos digitales, con plataformas que se negasen a secundar la estrategia desinformativa que se aplicó con suma eficacia hasta la jornada de reflexión. Porque se equivocan quienes afirman que el Gobierno del PP erró su política informativa. Pudo haber intentado afrontar la verdad desde el comienzo, pero para el objetivo que se habían fijado (ganar las elecciones sin variar un ápice el discurso y la actitud) y considerando la envergadura de lo acontecido (el mayor atentado de este país, vinculado a una política bélica muy impopular) su resultado electoral podría calificarse de excelente. Más lo hubiera sido, creemos, si entre todos no hubiésemos desplegado una deliberación y una movilización popular sin precedentes.

La creencia inicial (y generalizada) de la autoría etarra era consecuencia de un control férreo del Gobierno sobre la agenda de los medios y la oposición política y social. El Ejecutivo confió en que, con un poco de habilidad, podría mantener esa versión hasta las elecciones. La oposición colaboró por prudencia y, al menos, no cuestionó esa estrategia para evitar la marginación. Tras el 11-M no hubo una espiral del silencio, la oposición política no se calló, sino que suscribió mentiras prudentes, medias verdades. Los más amenazados de caer en el ostracismo o de pagar una factura electoral fueron los primeros en condenar a ETA, confiriendo así mayor credibilidad a los comunicados gubernamentales. El día 12, cuando aún no habíamos enterrado a los muertos, todas las instituciones, todos los medios convencionales y todos los partidos parlamentarios nos convocaron a manifestarnos con un lema engañoso. Ningún representante político legal, ningún intelectual de reconocido prestigio denunció de forma abierta los propósitos electorales de la cabecera de aquella manifestación. Si lo hubo no pudimos percibirlo. Todos la arroparon de palabra y cuerpo presente. Como demostraremos, de dicha manifestación salieron los mimbres de la desobediencia civil del día siguiente.

Sin el 13-M la reflexión electoral habría tenido lugar en un clima de opinión marcado por las marchas de 11 millones de ciudadanos y los primeros funerales. Toda la imagería de unidad, patriotismo constitucional y lealtad para con el Gobierno. Éste intentó repetir sus logros de las elecciones locales y autonómicas de 2003, cuando desactivó electoralmente el Prestige y la guerra de Irak y, al tiempo, minó la credibilidad de la oposición. Para ello desplegó la actitud acostumbrada ante la opinión pública: indolencia ante la tragedia y la necesidad de conocer la verdad; prepotencia al

pretender que lo acontecido o la marginación de la disidencia no tuviesen efecto político alguno. Esgrimieron el discurso antiterrorista acostumbrado, creyendo que les blindaba de toda crítica. Su modelo de inspiración era el de su aliado en la guerra de Irak. De hecho, la mayoría de los políticos y periodistas, de manera consciente y activa unos, inconscientes y a remolque otros, pusieron todo de su parte para que los efectos del 11-M emulasen a los del 11-S en EE.UU. Se confundían de país y de ciudadanía.

No sopesaron que podrían toparse con el antimilitarismo impenitente de los españoles. Desdeñaban la oposición a la guerra, porque según las encuestas ni siquiera era un tema relevante en esas elecciones. Pasaban por alto las corrientes de opinión aún movilizadas y la posibilidad de que un imprevisto quebrase su control de la esfera pública. La víctima española en Irak más reivindicada era José Couso, y no cualquiera de los militares profesionales caídos allí. No fue coincidencia que el grupo de activistas formado en torno a los familiares de Couso desafiase a la cabecera de la manifestación del 12. En EE.UU. el efecto de “desfilas alrededor de la bandera” alinea de forma casi sistemática a la opinión pública con el Gobierno en momentos de crisis bélicas. En España, en cambio, la guerra del Golfo brindó el impulso necesario para que la insumisión provocase el fin de la mili en el primer caso forzado por una campaña de desobediencia civil en tiempos de paz. Los *spin doctors* de Moncloa debieron confiar tras el 11-M en el resurgir de la euforia patriótica que se desató cuando la reconquista del islote de Perejil. Creyeron que tras lo sucedido podían despertar el ardor guerrero “por la derrota del terrorismo” y que la población sería indiferente a la autoría del atentado. Porque, al fin y al cabo, según su discurso, todos los terrorismos eran iguales y la respuesta ante ellos debía ser la misma, en Irak y en Euskadi... casi.

La reacción del Gobierno del PP no respondió sólo a sesgos ideológicos, también reflejaba un modelo comunicativo obsoleto. Consideraron que enfrente tenían públicos pasivos y cautivos, carentes de iniciativa, limitados a sus trincheras mediáticas y a sus esferas de control. Pero desde Internet rompimos el control estatal de la información y con los móviles llevamos la crítica de nuevo a la calle, nos movilizamos. En la manifestación del día 12 los representantes más granados de las instituciones fueron interrogados sobre quien nos había masacrado. Eran incapaces de despejar ambigüedades, de explicar contradicciones y, sobre todo, de denunciar con claridad la manipulación oficial. Hacerlo habría supuesto reconocer la colaboración activa o pasiva

de demasiados actores en la estrategia del Gobierno. Un día más tarde surgió la desobediencia civil. La mentira prudente fue sobrepasada por la exigencia de verdad de los “ilegales”, tachados también de “ilegítimos”. Sin embargo, presionaron para que, por fin, el Gobierno publicitase las pruebas incontestables de la única línea de investigación existente y emplazaron a los portavoces políticos a decantarse. Reflexionaron, exigieron información e hicieron reflexionar.

Pasado casi un año de la masacre, se rehuye hablar del día 13. En los anuarios del 2004 realizados por los medios se percibe la imperiosa necesidad de pasar página, de que el 13-M no se convierta en una página de la historia de la ciudadanía. La necrofilia centra la atención mediática en el día 11 y la fascinación por las condolencias rituales del poder, en la manifestación institucional del 12. Por supuesto, también se resalta o cuestiona el “vuelco en las urnas”. El 14-M significa para quienes ganaron las elecciones el reflejo del enésimo deseo de cambio del electorado, como si esa no fuese la interpretación obvia de una nueva mayoría de Gobierno. Quienes lo perdieron en las urnas continúan argumentando el triunfo de la conspiración. Según ellos, alianzas inconfesables se habrían tejido entre policías desafectos, medios y partidos “de la oposición” para derrocarles. Y, entre otras inconfesables indignidades, habrían “orquestado” el 13-M

Muertos, elecciones y conspiraciones. Víctimas para aumentar audiencias, para blindar falsos consensos, para rentabilizar o eximirse del resultado en las urnas. La multitud del 13-M no barajó esos cálculos ni pretendió esos réditos. Desahogó la rabia por tanta mentira acumulada, con prudencia desafió la legalidad y exigió las condiciones que legitiman como democráticas unas elecciones: saber quien miente y que pague algún coste por ello. Frente a la obediencia debida de los gestores de la esfera pública, la ciudadanía actuó en legítima desobediencia.

Fue una movilización inusitada hasta entonces en una democracia y responde al colapso del sistema político e informativo que venía fraguándose en la última legislatura del PP. Algo que ninguno de los gobiernos anteriores había cuestionado en sus raíces. Si todavía alguien se pregunta por las razones de fondo del 13-M y aún no las encuentra, que repare que la misma tarde del atentado la agencia Reuters daba como cierta la autoría de Al Qaeda. Dos días después, EFE todavía emitía comunicados que aseguraban la implicación etarra, en plena jornada electoral y financiada con nuestros

impuestos. No habríamos desafiado la ley electoral si hubiésemos contado con Reuters, porque una agencia informativa de carácter público (no gubernamental) habría forzado a sus fuentes a consensuar datos y no habría transmitido “certezas” ni condenas sin evidencias. Tampoco habríamos interpelado a los representantes políticos si hubiesen demostrado capacidad de autocontrol o lo hubiesen ejercido los periodistas, si pudiésemos creer en su independencia respecto de guerras antiterroristas, estrategias partidarias y favores gubernamentales. Si sobre el debate político no pesasen consensos basados en la censura del adversario, si hubiésemos contado con un sistema mediático plural y democrático no se habrían expresado ni avalado las condenas antes de los análisis. Se habría dejado a los afectados reivindicar el único patrimonio que les quedaba, el dolor. Y, ya hace tiempo, habría caído el escarnio público sobre quienes se lo arrojan en nombre de sus audiencias y votantes.

Parte de nuestro esfuerzo en este libro se dedica a intentar desmontar la tesis conspirativa y sus argumentos. Para ello demostramos cómo las multitudes tuvieron que recabar datos, contrastarlos, sopesar su significado electoral y, finalmente, movilizarse para encarar a los representantes frente a sus mentiras y medias verdades. Fue una deliberación que surgía de abajo y desde la periferia de los centros de poder político y mediático. De ahí el silencio y las acusaciones de conspiración. El 13-M y la madrugada del día 14 constituyeron una jornada de auténtica deliberación colectiva, de denuncia de la mentira, de vigilia laica y demostración de soberanía popular; al margen de las empresas de comunicación y de las estructuras partidarias. Reconocer la legitimidad de esa desobediencia implica asumir la incapacidad de quienes han hecho de la política y el periodismo una profesión, patrimonializándola con avales académicos o cuotas de mercado, y que, sin embargo, no supieron explicarnos quien había atentado contra nosotros y cómo debíamos interpretar tanta tragedia con un mínimo de sensatez.

Pero que nadie se llame a engaño, no idealizamos el papel político de las multitudes ni las posibilidades de la tecnopolítica, la movilización basada en las Nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación (NTIC). Ya existen demasiados libros sobre el 13-M que reviven metáforas revolucionarias o pecan de tecnofilia; a nuestro entender resultan casi tan engañosos como el mito de la conspiración o la tecnofobia. Ni encumbramos, ni denostamos a los desobedientes. Reconocemos su existencia y extraordinario valor democrático. Pero este libro pretende arengar, sino

ofrecer una reflexión serena. La movilización del 13-M también arroja incongruencias y debilidades, las de los actores que la protagonizamos, y resultaría demasiado peligroso erigirla en modelo. Imagínense por un momento que las concentraciones se hubieran producido ante las sedes del PSOE en caso de que la autoría de los atentados fuese de ETA. Pero es que, además, sostenemos que será muy difícil repetir una movilización así: ni el contexto del 13-M ni las dinámicas de las movilizaciones con NTIC pueden programarse. Las multitudes y la tecnopolítica desarrollada desde el tejido social desobedecen jerarquías o centros rectores; el propio concepto de red niega su existencia.

El 13-M una parte sustancial de la ciudadanía recobró su voz y al día siguiente esto se trasladó a las urnas; al menos, en un aumento considerable de participación. Ante los intentos por apagar o arrogarse aquellas voces, hemos decidido escribir este libro. Queríamos hacer algo necesario y urgente. Por necesario entendíamos, ante todo, un texto que no resultase superfluo, que desvelase la mentira conspirativa de una vez por todas; no con los argumentos del poder, sino con datos, testimonios y análisis. El objetivo es que los lectores cuenten con argumentos y evidencias para despejar dudas y desmentir acusaciones. Como profesores e investigadores que somos, encaramos alumnos que (con toda razón) nos preguntan para qué sirve aprender comunicación política, opinión pública o sociología de la comunicación. Queríamos ofrecerles un texto en el que pudiesen reconocerse.

La urgencia nos viene impuesta por el reto de competir con tanto libro prefabricado bajo factura periodística o de ensayo. Queríamos ofrecer algo más desde el registro académico, probando que la investigación social (como rezaba un documental sobre P. Bourdieu) puede ser un deporte de combate (y añadimos) en las distancias cortas. Competimos con los ritmos de reporteros y ensayistas para hacer una sociología que recupere su objetivo inicial: hacer visible la realidad social en el discurso público, desnudándola de mitos conspirativos o épicos. Corremos, por tanto, muchos riesgos. Aburrir a nuestros lectores con una jerga que resulta inevitable, aunque la hayamos limitado al máximo. Y aún así no saciar las exigencias metodológicas de nuestros colegas. Para acabar exasperando a quienes se erigen en portavoces del 13-M, porque les aplicamos un análisis que pretende, en la medida de lo posible, ser sistemático. También en la crítica.

En fin, les presentamos lo que hemos podido hacer con los recursos con los que hemos contado, que han sido los puestos. A lo largo del libro transitamos del registro documentalista a la investigación académica y recuperamos al final el tono ensayístico de este texto introductorio. Esa pluralidad de registros responde a la distinta naturaleza de los contenidos que abordamos. Cada capítulo puede ser leído por separado, aunque juntos forman la tesis que hasta ahora he presentado. En los tres capítulos siguientes ofrecemos los discursos de quienes protagonizaron el 13-M en Madrid. Lo hacemos en círculos concéntricos y fue nuestra primera tarea: escuchar antes de hablar, transcribir palabras ajenas antes de llenar páginas con las nuestras. Confiamos en que el orden y contexto en el que las reproducimos hagan justicia a su sentido original. Si no es así, por favor, hágannoslo saber. En el *capítulo segundo* trasladamos las opiniones de los estudiantes universitarios que tomaban los trenes de cercanías de los atentados y que votaban por primera vez en las elecciones del 2004. Exponen sus críticas a la campaña electoral y a la información recibida sobre el 11-M. Comentan las movilizaciones del 13-M como legítimas y cómo buscaron información “creíble” mediante las NTIC.

Los primeros votantes fueron un grupo de voto decisivo en las elecciones generales. Por eso, el *capítulo tres* retoma su voz para desvelar cómo otros jóvenes madrileños reaccionaron ante la convocatoria del 13-M. Revelan sus redes de confianza, fraguadas en movilizaciones previas con NTIC, frente a un ambiente político-mediático del que cada día recelan más. Manifiestan cómo sopesaron la legitimidad de la convocatoria y su conveniencia. Por último, en el *capítulo cuarto* hablan los activistas que formaron el nodo inicial de la convocatoria del 13-M. La vinculan al tejido social madrileño que se movilizó en la última legislatura del PP. Desvelan sus debates sobre si acudir a la manifestación del 12-M, cómo y por qué realizaron la convocatoria de desobediencia civil. Definen su estrategia, al margen de estrategia electoral alguna y subrayan la importancia de contar con medios creíbles, implicados todavía en promover el cambio social y el desarrollo democrático.

Carecimos de financiación, también para realizar encuestas, y trabajamos con grupos de discusión. No son representativos estadísticamente pero reflejan el peso de los sectores más proclives a la crítica y la movilización social y, por tanto, a organizar o secundar el 13-M en Madrid. Adoptamos una perspectiva casi documental, de reporteros que recogen testimonios parciales. Se nos puede acusar de analizar sólo unos cuantos

sujetos y su experiencia, pero la metodología nos ha obligado a atender todas las voces que hemos podido reunir, sin discriminar ninguna, sin apenas interferir en ellas y aplicándoles las mismas categorías de análisis. Esperamos, de este modo, haber interpuesto suficiente distancia con unos hechos que también protagonizamos. Y en haber cumplido con el objetivo que nos fijamos: recuperar los discursos ausentes en el debate público y a los que, por tanto, se les imputan intenciones y acciones ajenas.

El *capítulo cinco* adopta otra metodología. Recorremos la evolución cuantitativa de las audiencias entre el 11 y el 14 de marzo. Constatamos que, con los días, el consumo de medios convencionales retrocede ante el uso de medios telemáticos, hacia los que fluyeron multitud de ciudadanos para contrastar informaciones y, finalmente, movilizarse. Presenta el altísimo consumo de televisión y la pérdida de liderazgo de los telediarios de TVE esos días. Compara las visitas a las ediciones digitales de la prensa convencional y la superioridad de la web de la Cadena Ser frente a ellas. A continuación, repasa el trasvase comunicativo que recibieron los medios electrónicos, foros de Internet y weblogs; describiendo las dinámicas de debate en cada uno de ellos. Probamos, en fin, la consolidación de estos medios alternativos como plataformas de movilización electoral y, sobre todo, de protesta ciudadana; en especial, los portales de contra-información. En este capítulo también presentamos el marco teórico que inspira los análisis siguientes. Hablamos de una esfera pública periférica que, al margen o muy alejada de los centros de poder, cobró una relevancia inusitada ante la parálisis de la esfera pública central, formada por los medios convencionales y las fuerzas políticas. La audiencia aumentó en la misma medida que su grado de oposición a la información oficial y su conexión con las redes sociales que se movilizaron el 13-M.

En el *capítulo seis* contextualizamos el 13-M en el ciclo de movilización y la consolidación de las plataformas digitales alternativas que se desplegaron contra la guerra de Irak. Demostramos que el 13 de marzo se produjo un clímax inesperado de tendencias sociales y comunicativas previas, que entonces y, aún ahora en gran medida, siguen marginadas. Comparamos datos inéditos de los usuarios de la contra-información telemática - Nodo50 e Indymedia - con los de las ediciones digitales de los principales diarios, confirmando el papel clave de los medios alternativos esos días. Recurrimos de nuevo a los datos cuantitativos de flujos de Internet. No ha sido sencillo, dada la

diversidad de los sistemas de medición. En cada momento empleamos datos contrastados y registrados de forma sistemática.

El lector debiera recordar que no existe consenso sobre cómo medir las audiencias de Internet. Por esto, a la hora de comparar, nunca consideramos los números totales (aunque figuran en los anexos); sino el crecimiento que experimentó cada medio y cuándo se produjo. Así, por ejemplo, no mostramos cuantos “lectores” tuvo *Nodo50* (algo mucho más difícil de precisar de lo que parece) sino cuál fue el crecimiento y la evolución de su actividad del 11-M al 14-M; en comparación, por ejemplo, con la de *Elmundo.com*. Si a veces usamos distintas medidas (accesos, visitas o mensajes publicados, a los nodos centrales o a cualquiera de las páginas web que alojan los distintos portales), no es porque convenga a nuestros argumentos. Eran los únicos datos disponibles y los que permitían comparaciones sistemáticas. De todos modos, al igual que las transcripciones de los grupos de discusión, esos registros están a disposición de cualquier lector que nos los solicite. Con gusto los compartiremos para avanzar en el conocimiento y, si es necesario, rectificar nuestros errores.

El *capítulo séptimo* analiza las páginas de contra-información de *Nodo50*, *Indymedia* en Barcelona y en Madrid, y *La Haine*; para recoger el debate del tejido social, que fue del desconcierto sobre la autoría de la masacre hasta la movilización. Repasamos los argumentos esgrimidos, las pruebas aportadas, la conexión de estos debates con las asambleas presenciales que tuvieron lugar en Madrid y la consolidación de la estrategia de desobediencia civil. Los autores realizan una suerte de auto-análisis y reivindicación, pues son gestores de medios contra-informativos que jugaron un papel clave. Sin ellos no habría habido réplicas del 13-M por toda la geografía española, ni se habrían formado los grupos iniciales de desobedientes que aportaron experiencia previa y redes propias. Así concedemos de nuevo voz a los protagonistas; más en concreto, al círculo activista, una vez constatada su fuerza en los flujos de información desatados entre el 11 y el 14 de marzo.

En el *capítulo ocho* constatamos las diferencias entre la manifestación institucional del 12-M, convocada por medios convencionales y todo el arco parlamentario, y las protestas que al día siguiente se convocaron mediante SMS y webs alternativas. Aportamos datos de manifestantes y mensajes hasta ahora inéditos o silenciados. Inscribimos la primera manifestación, la institucional, en una estrategia de

cierre de la esfera pública, del Gobierno frente a toda oposición, que acabó colapsando el debate democrático en un momento crítico. Desde esta perspectiva, el 13-M fue la respuesta ciudadana a esta situación. Una respuesta legítima por la extrema gravedad del momento y que se entiende mejor desde la teoría de la mentira prudente que desde el modelo de la espiral del silencio. Si tuviesen razón los que afirman que ante la mayoría la única respuesta de las minorías disidentes es el silencio, el 13-M jamás habría ocurrido. Es lo que algunos pretenden que creamos. Debatimos estas teorías desarrollando la tesis con la comenzábamos este texto: El 13-M fue un acto de desobediencia civil iniciado por la izquierda social. Su incidencia en las instituciones políticas y mediáticas ha sido periférica. Políticos y periodistas priman la teoría de la conspiración, porque la desobediencia civil denuncia su incompetencia y las inercias que todavía existen en el debate público. En este capítulo combinamos el estudio sociológico y el ensayo académico. Hemos trabajado en un tiempo récord y respecto a los argumentos ahí presentados asumimos nuestra obligación de confirmarlos en futuros análisis. Son nuestras propuestas para seguir debatiendo, con todos ustedes.

El *capítulo nueve* cierra el libro, con el tono del anterior. Primero, intenta mostrar cómo y por qué se ha establecido un discurso conspirativo sobre el 13-M. Y, segundo, ofrece un decálogo de reflexiones sobre un nuevo sujeto político (las multitudes) y su forma de movilizarse (la tecnopolítica). Intentamos huir de estereotipos que pensamos están anclados en otros tiempos y se refieren a otras realidades. Ni beatificamos ni condenamos las multitudes o las NTIC; tal como reza el último epígrafe, intentamos señalar su grandeza y sus miserias. Conste que tampoco pretendemos ser exhaustivos. Nuestra formación académica nos recuerda que ningún análisis puede serlo del todo. La experiencia como activistas sociales de algunos nos obliga a reconocer que ningún paso es definitivo, ni en el debate ni en la acción colectiva. La dificultad de elaborar tesis categóricas sobre la multitud o el potencial movilizador de las NTIC reside además en su propia naturaleza cambiante, de múltiples caras. El sentido común obliga a tratar como provisionales los análisis sobre una realidad demasiado reciente y en la que hemos estado tan implicados. La fecha de caducidad de este texto la impondrán los siguientes trabajos que lo confirmen o desmientan; porque presentamos algo provisional pero fundamentado. Insistimos, quien tenga nuevos datos o lecturas antagónicas que se una a la tarea, hay trabajo para todos.

El DVD que acompaña este libro es otro intento de demostrar que las nuevas tecnologías están a nuestro alcance y que podemos emplearlas como instrumentos de expresión ciudadana. Les ofrecemos una selección de la cobertura de los medios convencionales e imágenes inéditas que, hasta el momento de escribir estas páginas, ninguna televisión española se atrevió a difundir. Piratéenlo, que nada cobramos por él, ni llamaremos a la SGAE. Difúndanlo o critíquenlo, aporten nuevas imágenes, hagan circular más testimonios y si les apetece contáctennos.

El DVD contiene tres bloques. En el primero reconstruimos el discurso de *TVE1* en la noche del 13-M y analizamos su contrapunto en las cadenas televisivas que se suponían más críticas al Gobierno (*Tele 5* y *Canal +*). La selección de varios segmentos de los informativos prueban que la cadena “pública” intentó generar una reacción ciudadana semejante a la estadounidense ante el 11-S. Marginó, hasta rozar el absurdo, las concentraciones del 13-M y *TVE1* ofreció en exclusiva las condolencias del matrimonio Bush, cuyo discurso escenificó, acto seguido, en una “pieza” que constituía un auténtico spot electoral: fusionaba declaraciones gubernamentales e imágenes de la manifestación del 12-M, como ejemplo del patriotismo constitucional y de la solidaridad con las víctimas que preconizaba la pareja presidencial norteamericana. *Tele 5*, en cambio, quiso conectar el ¿Quién ha sido? del 12-M con el 13-M, pero presentó esta última movilización como contigua a las protestas que se produjeron por el presunto asesinato de un vecino de Pamplona. Este ciudadano se había negado a colocar la convocatoria de la manifestación del 12-M y la condena a ETA en el establecimiento que regentaba y fue tiroteado por un vecino suyo, policía nacional. La cadena privada se hizo eco de la noticia (que las demás televisiones casi ignoraron por completo), pero aportó datos falsos y culpabilizó a la víctima y sus allegados. Se prueba así que ni siquiera los medios convencionales más “críticos” convocaron el 13-M, sino que además criminalizaron la desobediencia civil con el discurso de la “beligerancia informativa” antiterrorista y el de las “víctimas selectivas”.

Al “producto” que nos ofrecieron, a la “oferta” de los medios convencionales contraponemos los dos siguientes bloques del DVD. Hemos construido una pieza sobre el 13-M con recursos propios, accesibles para la mayoría de ustedes. Pretendemos mostrarles que podemos generar representaciones ciudadanas que consideramos más fieles a la realidad y, de paso, con mayor contenido democrático. De hecho, sumamos

varias imágenes. Abrimos mostrándoles cómo se formó la multitud, a través de las cámaras de tráfico de la Calle Génova, disponibles en Internet. Ofrecemos varias entrevistas y la cobertura de la concentración ante la sede del PP que emitió el canal local TeleK de Vallecas. Y finalizamos con las tomas cedidas por un corresponsal extranjero que aquellos días demostró su alto sentido profesional, siguiendo a la multitud cuando se concentró en Sol y ante el Congreso de los Diputados y cuando, finalmente, acabó velando el recuerdo de las víctimas en la estación de Atocha ya en la madrugada del 14. El mensaje es claro: utilicen Internet para acceder a fuentes directas, empleen sus cámaras domésticas para retratar realidades propias (y no las ajenas, como un turista) y establezcan alianzas con las iniciativas y los profesionales que les tienen en cuenta, que cuentan lo que ustedes protagonizan... cuenten con ellos, apóyenlos.

La última pieza que ofrecemos es otro ejemplo de valía y honestidad profesional. Seguro que hay otros, pero éste es el de mayor valor que hemos podido encontrar entre los círculos próximos. Pertenece a cuatro profesionales de los medios que asistían en esos momentos a un taller de documental. Se echaron a la calle instintivamente para filmar los acontecimientos a ras de acera.

Vean lo que fueron capaces de registrar y montar en cuatro días, con la misma cámara DV que quizás tenga usted en casa. Constaten la distancia que guardan respecto a los discursos oficiales y partidarios; su valentía para ejercer la crítica en el seno de su profesión. Aprecien la atención que prestaron a las voces de la gente común. La total ausencia de afán necrofílico. Los testimonios de la confusión ciudadana y el aprecio ante la indignación popular, que se suma a su negativa a arrogarse el dolor de las víctimas o a servir para que otros lo capitalizasen. Nos ofrecen así una mirada desde dentro del debate cívico y la protesta desobediente que, curiosamente, arroja un fiel relato de aquellos días. Dicho relato sigue ausente en las pantallas y, por desgracia, dudamos que lo recojan los programas “conmemorativos” y demás aniversarios institucionales. Su cortometraje se construyó en un proceso paralelo y separado del que dio lugar a este libro, pero al final hemos confluído.

Agradecemos a Ágatha Pérez Álvarez y al resto de sus compañeros la generosidad con la que nos han brindado (a todos ustedes y a nosotros) el cortometraje que cierra el DVD, a Elena Tebar la confianza depositada para que hiciésemos uso de las imágenes de TeleK, a Markus Böhnisch la cesión de sus tomas en la madrugada del

14 de marzo y a Ramón Adell los materiales cedidos de su Biblioteca y Archivo de la Propaganda. Han demostrado que el compromiso ciudadano no es un obstáculo, sino un componente imprescindible, de la profesión periodística y de la tarea sociológica. Y, por último, como nos queda mucho por hacer y seguimos igual de carentes, sepan que todos los ingresos del libro se destinarán a financiar *Red Con Voz*, un proyecto radiofónico transcontinental sin ánimo de lucro (www.reconvoz.org). Para que en el próximo apagón informativo haya algo de luz y podamos reconocernos. La voz (como la red) es suya y no nuestra.

En Lavapiés, Madrid, a 24 de enero de 2005.